



OLAF OYE A RACHMANINOF

**Este relato apareció hace unos cincuenta años en la revista Squire.
De su autor nada ha sido posible averiguar, salvo que era noruego.**

Por: Cary Kerner

Traducción: Maestro Rodolfo Pérez González

Es curioso eso de cómo tantas cosas ocurren todo el tiempo sin que uno se entere, hasta que se tropieza con ellas. Como eso de los que tocan el piano y andan por todas partes cobrando tres coronas por cada parroquiano que los quiera oír. Yo nunca hubiera sabido de esa clase de tipos si no hubiera sido por mi sobrina Juanita.

Yo he cuidado a Juanita desde que estaba en la cuna. Como Felipa, mi mujer, no la soportaba, la mandé a un internado, donde dejé que le dieran clases de música. Para esto hicieron no sé qué arreglo para las vacaciones, por lo que no la volvía a ver en muchos años. Aunque Felipa no deja de recriminarme por los gastos, yo quiero que Juanita llegue a puerto.

Hace como dos años me escribió Juanita preguntándome si podía cambiar de profesor de piano y tomar clases de otro que era de verdad muy bueno, aunque muy caro; se llamaba, algo así como Lorry.

La señora directora del internado también me escribió, diciéndome que dejara que Juanita tomara clases de ese señor, porque iba a ser algún día una pianista famosa. A mí me pareció que todo esto era una tontería, porque por lo que sé, los parientes de Juanita, por los dos lados, nunca fueron otra cosa que marineros trabajadores y humildes. Pero como no soy de los que piensa que todo el mundo debe pensar como uno, resolví mandar más dinero, sin decirle nada a Felipa para no darle tema: yo sé que hay

temporales que deben ser capoteados y otros que deben esquivarse, y no soy de los que andan buscando dificultades.

Cuando las cosas se pusieron difíciles, muchos barcos tuvieron que suspender los viajes porque no había carga. Fue entonces cuando pensé que al fin y al cabo, podía darle a Felipa algo de lo que de tanto tiempo atrás me andaba pidiendo, con sólo reducir un poco lo que le enviaba a Juanita. Le escribí contándole lo difícil que estaba nuestra situación. Le insinuaba que se diera maña para que tratara de aprender lo mismo con un profesor más barato.

A vuelta de correo recibí la carta más tierna que pudiera esperar. Me decía que lamentaba no haberse dado cuenta de la mala situación y que ya estaba pensando dejar las clases y ponerse a enseñar a niños y gentes que sabían menos que ella.

Hasta decía bromas, como las de sus antiguas cartas que yo mostraba a Felipa, pero que ya no le muestro. Pero mientras estaba leyendo me sentía muy raro: Era como cuando yo era muchacho y mi madre me regañaba por que me gustaba andar en el muelle oliendo pescado y hablando de barcos.

Leyendo la carta oía algo así como el rumor de alguien que llora, como gaviotas en una noche de borrasca.

De repente me entraron ganas de ver a Juanita ya que no la veía nunca: le escribí y fui.



Ella fue a encontrarme a la estación y fue una suerte que ella me reconociera, porque yo nunca la hubiera conocido: de la nena simpática, gordita de grandes ojos, estaba convertida en la muchacha más hermosa que uno pueda imaginarse. Delgada y garbosa como un yate, de ojos azules como el mar, la cara llena de hoyuelos cuando ríe y sus cabellos como una aureola que cae sobre sus hombros. Sus manos eran tan fuertes como las de un hombre pero blancas y largas.

Buscamos un lugarcito para comer y charlar.

Lo primero que se ocurrió fue sacar unos papeles de su bolso.

- ¡Mira, tío Olaf, dos boletos para Rachmaninof! Me dí cuenta que debí haber gritado de emoción y saltar, pero lo único que se me

ocurrió fue decirle que yo no sabía quien era ese Rachmaninof.

- ¡Pero si es el príncipe de los pianistas! ¡El gran artista ruso! Con lo que me dejó en las mismas. Pero ella dijo que era algo así como un dios y la dejé que se enloqueciera de entusiasmo.

Como yo sé lo peligroso que es ir donde una mujer quiere llevarlo a uno, le dije que no tenía mucho tiempo para quedarme y que mejor ella me tocara algo si había por ahí un piano a la mano.

Ella se volvió toda hoyuelos y me dijo:

- Pero si he pagado seis coronas de las que he ganado con tanto trabajo, tío, para agasajarte a lo grande.

- ¡Seis coronas! - Temo que grité muy fuerte -
Quieres decir que...?

- Ah, pero fue por dos boletos - me respondió
rápidamente, como si tres coronas por cada
boleto no fuera nada.

Iba a decir algo sobre la mala situación, pero no
quise sentirme responsable de quitarle esa mira-
da de felicidad de la cara y me callé. Además,
cada que me dá un arranque de tacañería, me
acuerdo de lo tacaña que es Felipa y prefiero
callarme.

Nos fuimos a la casa de la ópera, donde el tío ese
cobraba tres coronas por asiento. Había un
montón de mujeres pavoneándose al frente,
hablando tonterías y haciéndose las interesan-
tes, mirándose en espejitos y oliendo a perfumes
caros.

- ¡Te va a gustar, tío! - me decía Juanita cada
vez que yo intentaba disuadirla de meternos
entre toda esa gente.

- Si, yo creo que me va a encantar... como si me
mandaras a capotear un temporal noroeste -
dije yo, y ella apenas sonreía.

- Adentro, había más asientos de los que yo
había visto en mi vida y pronto estuvieron
llenos. Y había también muchos hombres y yo
los compadecía porque debían tener mujeres
muy tercas. Yo pensaba si ellos se aburrirían
tanto como yo, esperando que viniera otro a
tocarles en el piano

- Yo me imaginaba cómo ese Rachmaninof
estaría viéndonos y riéndose de habernos
hecho gastar tres coronas por oírlo. Esto me
enojó un poco, pero me calmé pensando que
cada cual se gana la vida como puede, y quizá
el hombre no sabía hacer otra cosa.

- En el escenario no había decorado. Sólo un
piano con la tapa levantada y se veía muy feo.

- De repente todos se quedaron quietos y
alguien dijo en voz baja;

- ¡Ya viene! como si fuera un circo o algo.

Todos comenzaron a aplaudir y él entró cami-
nando al foro. De veras, me sorprendí al verlo.
Me pareció que era un hombre tan fuerte que
podía hacer por lo menos una docena de cosas
más útiles que tocar el piano.

El se inclinó muy serio, fue a sentarse ante el
piano y esperó a que todos se quedaran callados.
No pude menos que sentir lástima por él, ahí
sentado solito y todo el mundo viéndolo. Segu-
ramente fue lo nervioso que se puso, pues desde
el principio no hizo otra cosa que equivocarse en
todas las piezas que tocó.

Tan pronto como dejaron de aplaudir, comenzó
a templar el piano. Al principio sus dedos esta-
ban algo duros y tiesos, y nada más picaba aquí y
allá, pero muy pronto se calentó de una manera
sorprendente y antes de que pudiera darme
cuenta, me vi sentado en el borde del asiento
tratando de entender cómo hacía para que no se

le enredaran los dedos, moviéndolos tan rápido. Pero un rato después, como que ya no pudo más y lo dejó. Luego comenzó a intentar una que otra tonada, pero sin terminar ninguna y las dejaba precisamente cuando uno empezaba a tomarle gusto.

Luego se puso a ver qué tan fuerte tocaba el piano, y luego que vio cuánto aguantaba el piano, suspendió todo, y, ¡hay que ver cómo aplaudió esa gente! todos estaban contentos de que ya estuviera listo para comenzar a tocar.

Tan pronto comenzó, no sonó muy bien. La verdad que me gustó más cuando estaba templado el piano. Parecía dudar de que pieza tocar por fin, y esto lo perjudicaba mucho. Había un montón de sonidos agradables y de repente brincaba a otra cosa.

Por fin se puso a tocar algo que iba para largo y que a mí empezaba a gustarme, tanto que me senté bien para oírlo, cuando tropezó con un montón de notas equivocadas. Luego empezó de nuevo, pero siempre se equivocaba en el mismo punto. Sin embargo persistía en su intento, cada vez más fuerte y más fuerte, como si estuviera dispuesto a lograrlo, así tuviera que quedar toda la noche. Pero no mejoró, hasta que renunció a esa pieza, pero poco le sirvió porque siguió lo mismo. Uno podía notar que estaba medio acalorado, y no lo culpo, ¡la vergüenza de equivocarse ante tanta gente!

Siguió equivocándose hasta que perdió por completo el control y la forma como golpeaba





las teclas era horrible! Suerte que la tapa del piano estaba alzada, sino, ¡explota! De pronto se dejó caer con las dos manos, tan fuerte como pudo, haciendo el ruido más horroroso que yo haya oído, pero ahí mismo abandonó todo y se paró, inclinándose, como pidiendo excusas por haberlo intentado. Eso pensé yo, pero Juanita me dijo que era una pieza maravillosa, y la gente aplaudiendo! Me molestaba pensar en que la gente debiera darse cuenta de que él comprendía que el aplauso era sólo cortesía.

Iba a decirle algo más a Juanita, pero tengo mis razones para saber que no conviene ser sincero con las mujeres. Pero Juanita que no es tonta me dijo:

- Quizás no te hayan gustado mucho estos números, tío Olaf pero hay unos que te van a encantar.

¡Ojalá! - exclamé mientras pensaba en las seis coronas y luego ella se encogió toda en su asiento, como llena de gusto.

- ¡Vas a estar contento de haber venido, ya verás!

Las dos siguientes piezas no fueron gran cosa, y sin embargo, la gente aplaudió otra vez. Comprendí que todos sabían que tenía una cosa muy buena de reserva y seguramente lo estaban alentando mientras llegaba el turno de tocarla.

Juanita decía que no estaba equivocado, pero yo sé que mis orejas son bastante buenas para saber si un son está entonado o no.

Lo único que puedo decir en su favor es que no se equivocaba por equivocarse, lo que compone todo. Es como Felipa: se obstina tanto en sus

errores que no tiene uno más remedio que admirarla.

Antes de que comenzara una de sus piezas, se sintió que lo que seguía era cosa buena. Todos contenían el aliento y los que estaban delante de nosotros se hacían para atrás en sus asientos, como si se acomodaran para morir.

Entró muy decidido, de repente, tratando de tantear a la gente sobre donde se movían sus manos. Los tenía en los extremos del piano, y de repente ya estaba en la mitad, saltando para adelante y para atrás, agarrando un punto de notas de un lado y agotándolas en otro, como si se tratara de arrancar la cáscara a las teclas. Una mano andaba persiguiendo a la otra por todo el piano, repicando como granizo en la cubierta en golpes rápidos y secos, más y más a prisa, hasta que se le descontrolaron los dedos en tal forma, que me hacían recordar al viejo capitán Spraghe, que cuando andaba borracho, iba balanceándose sobre el puente, tratando de aparentar que no tenía que agarrarse del barandal.

De repente se enredó y se vio en gran apuro, pero en un arranque se safó de la dificultad, volviéndolo al carril salvajemente. Era como el viento aullando y rasgando entre el velamen, con las lonas agotadas más contra otras. Martillaba con una mano sobre la otra hasta que la arrinconaba y tenía que saltar por encima para escapar, como rana, para que la otra la persiguiera de nuevo por el teclado, y de arriba a abajo, tan aprisa, que casi me marcaba tratando de tener mis ojos y mis orejas abiertas. Esas manos brincaban tanto y se

perseguían, arrebatándose el lugar, tan rápido como nadie vio nunca cosa igual.

Y todo el tiempo uno podía oír dos tonadas, tan claro como el agudo graznido de una gaviota contra el mar encrespado.

Y de repente alzó las manos y las detuvo en el aire. ¡Por Dios, que uno podía oír la melodía escurriendo de sus dedos en alto! y cuando volvió a bajar las manos se hundió de lleno en un navegar ligero y poderosos alisando la melodía como olas grandes y hermosas rodando sobre la playa; y se podía sentir como que lo subían a uno y lo bajaban en el vaivén del mar. De cuando en cuando metía un chorro de sonidos brillantes y luminosos como espuma sobre la cresta de una ola entre las rocas. Y había unos sonidos repetidos que hacía temblando sus dedos en un mismo lugar hasta que uno creía que se iba a dar un tropezón y luego lo hacía un poquito más arriba y luego más abajo y luego como que los corría juntos por el teclado, hasta que de verdad no me imaginaba como demonios se daba cuenta de lo que estaba haciendo.

De vez en cuando como que terminaba la pieza, pero él la recogía de nuevo y no le gustaba tener que dejarla y cuando al fin acabo, fue el lugar preciso en que debía.

Podría yo haber golpeado a esa gente por aplaudirle luego terminó. Después de que tocó tan bien lo debían haber dejado solo un rato a que se calmara un poco la emoción.

Le pregunté a Juanita que pieza era esa. Ella lo dijo, pero no le oí bien, y quise preguntarle de nuevo: era algo de “apasionada” y ¡Ella es tan joven todavía! debieran tener cuidado con los nombres que le ponen a las piezas. Le pregunté si ella podía tocar eso, porque me gustaría oírlo de nuevo. Sus ojos se pusieron muy tristes y me dijo:

- ¡Pero no como él, tío Olaf!

Y lo curioso fue que en ese momento vi muy claro el primer barco en que navegué y me puse a pensar lo que hubiera sentido si en aquel momento me hubieran devuelto a tierra, y eso me puso triste unos momentos.

Rachmaninof estaba ya cansado para esto y creo que si las demás piezas no hubieran estado en el programa, ni las hubiera tocado y hasta mejor, por mi que así hubiera sido. No sé que ideas tienen algunas gentes, que le siguieron aplaudiendo.

Pero luego de haber terminado el programa obsequió dos piezas extras y fue entonces cuando de verdad se puso a tocar cosas que la gente puede entender a fondo. No me acuerdo de los nombres: una era de unos turcos marchando y vaya que, por fin, se fue desde el principio hasta el fin sin equivocarse ni una vez! Apuesto a que esa es la que más le gusta tocar. Uno no pudiera detenerlo una vez que comenzó, pues antes podría uno detener la marea.

Usted debe tratar de oírlo tocar alguna vez,



sobre todo eso de la “apasionada”. Juanita dice que va a seguir tocando por muchos años, y después de todo, hace bien, a ver su mejora un poco. Un poco más de práctica en esas piezas y con tal de que abandone otras por completo, tendrá mucho éxito.

Yo le pregunté a Juanita, como quien no quiere la cosa, si había un profesor mejor que ese Carry y ella me dijo que no. Y cuando estábamos esperando el tren, le dije casualmente que después de todo había decidido que siguiera tomando esas clases, pues nadie mejor que yo sabe que se necesita un piloto para entrar al puerto.

Comenzó a llorar pero se secó las lágrimas cuando oyó el pitazo del tren. Luego sonrió y me dijo que yo nunca me arrepentiría.

No le he dicho nada a Felipa. Parece que al fin y al cabo ya ella y yo estamos anclados juntos para siempre, a pesar de lo que Lorry cobra. Pero no protesto. Se me hace que mientras más nos vemos Felipa y yo, mejor nos entendemos

No es que el mar esté muy tranquilo que se diga, pero no me olvido de cómo Rachmaninof pudo, al fin, tocar bien. con sólo que la gente le diera oportunidad.